

Fernanda Bustamante Escalona y Lorena Amaro Castro (eds.): *Carto(corpo)grafías. Nuevo reparto de las voces en la narrativa de autoras latinoamericanas del siglo XXI*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Veruert, 2024, 412 pp.

La inagotable producción por parte de autoras latinoamericanas en las últimas décadas ha introducido un amplio mosaico de miradas, posiciones, autorías, estrategias y expresiones en el ámbito literario, con especial impacto en la narrativa. Sin ir más lejos, los estantes de cualquier librería ya son un espacio de encuentro entre numerosas voces femeninas contemporáneas que alcanzan nuevos discursos y problemáticas a los ojos de cualquier lector. El primer esbozo de *Carto(corpo)grafías. Nuevo reparto de las voces en la narrativa de autoras latinoamericanas del siglo XXI* (2024) nace en 2016, precisamente, de la urgencia de dar cuenta de un flujo incesante de discursos elaborados por escritoras que invitan a la reflexión sobre las escrituras que interpelan una y otra vez a las subjetividades femeninas desde un prisma con múltiples ángulos teóricos y críticos. Los trabajos que integran este volumen sientan las bases para un estudio minucioso de la escena literaria latinoamericana actual, que involucra a una colectividad de escritoras nacidas en su mayoría entre 1970 y 1990. A partir del encuentro de estas voces y las diferentes propuestas escriturales, las colaboradoras logran un brillante ejercicio de descubrimiento de los nudos temáticos y las preocupaciones comunes que ponen en valor el diálogo entre cuerpo y escritura en la narrativa reciente.

A la hora de establecer un orden para tan amplio panorama, las investigadoras proponen pensarlo en los términos de *cartografía* o *constelación*, ya que ambos desactivan cualquier afán clasificatorio en favor de una forma no jerárquica de plantear la crítica. Este planteamiento resulta especialmente valioso, ya que supone pensar la contemporaneidad literaria como un espacio dinámico, heterogéneo y relativo que destaca a la perfección el carácter incesante y acumulativo de este campo literario. Nos encontramos entonces con un proceso que aborda el texto como un cuerpo, un agrupamiento anegado de significaciones y rumbos que dibujan un cielo lleno de posibilidades críticas. Se interpreta, entonces, el cuerpo "como texto y como registro" (14), "como una puesta en escena del enunciado" (15), un cuerpo parlante y genderizado que no deja de ser un discurso social sobre las tensiones "respecto a los presupuestos subyacentes al concepto de autor y al binarismo de género en la tradición occidental" (15).

Este diseño para articular la crítica propone una lectura genealógica de las diferentes secciones del volumen, cuyos textos se hablan y refuerzan unos a

otros. Se emplean diferentes herramientas temáticas para los seis bloques, pero, de manera conjunta, todos posibilitan una reflexión directa sobre los cuerpos y subjetividades femeninas y su difícil relación con las imposiciones patriarcales, siendo la primera de ellas la maternidad. Los textos reunidos en “Maternidades, cuidados y cuerpos gestantes” no solo ofrecen una imagen amplificadora de la intersección entre violencia y cuidado, sino que se produce una asunción de una vulnerabilidad, que requiere del “reconocimiento de la interconexión entre todos los seres y del cuidado recíproco como elemento constitutivo de la vida” (34). Esta es la propuesta de Emanuela Jossa en “Escenas de cuidado en la literatura centroamericana. Denise Phé-Funchal, María del Carmen Pérez Cuadra, Jessica Isla y Claudia Hernández”. Desde una búsqueda de cuidados responsables con los cuerpos y vidas de las mujeres, los textos *Sin luz artificial* (Pérez Cuadra, 2004), *Buenas costumbres* (Phé-Funchal, 2019), *Roza tumba quema* (Hernández, 2018), y dos cuentos de *Infinito cercano* (Isla, 2010), le sirven a Jossa para proponer el reto de desestabilizar las desiguales relaciones binarias que se dan en el espacio del hogar. Con ello, se vuelve posible imaginar otras estructuras empáticas con nuevos afectos y solidaridades que trascienden lo familiar y que desplazan los cuidados de lo privado a lo público.

En la misma línea, Cynthia Francica en su trabajo “Imaginarlos del cuidado, el parentesco y lo no humano en la narrativa argentina reciente” reúne diferentes narrativas argentinas que cuestionan los espacios y modelos tradicionales de cuidados para pensar las dimensiones afectivas y materiales que sostienen la vida. Los textos de Samanta Schweblin, Ariana Harwicz y Mariana Enríquez abordan el duelo con el manejo de claves fantásticas y la presencia de huellas de la memoria posdictatorial. En un escenario de crisis social y ecológica, estas narrativas miran hacia “lo más que humano” (76): los niños-zombi o niños-monstruo, que regresan de la enfermedad o la muerte, producen alteridades que desafían los sistemas tradicionales de parentesco mediante otras lógicas abyectas de reproducción y propagación de dicha alteridad, como la contaminación y el contagio (69). A esta lectura monstruosa de las relaciones de parentesco se le añade la comprensión de la categoría de lo siniestro que explora el trabajo “Maternidades monstruosas en las narrativas de lo siniestro en el Cono Sur”. En este caso, Patricia Poblete Alday analiza la maternidad como un estadio vital complejo que alberga zonas oscuras y perversas con suficiente potencial subversivo. Con otro corpus de autoras, se muestra un exhaustivo encuentro de experiencias de una maternidad desviada o monstruosa que vienen a dar cuenta de las inagotables violencias patriarcales: las relaciones incestuosas de *La azotea* (Trías, 2001) o el relato “Socorro” (Rivero, 2021); las maternidades evadidas, es decir, la maternidad no deseada que impone “un rol irremediamente adquirido” (86) a las protagonistas de *Matate, amor* (Harwicz, 2012) o *Los niños* (Sanín, 2014); y la mercantilización de los cuerpos reproductivos convertidos en “una máquina precisa e hipereficiente” (91), como ocurre en *Fruta podrida* (Meruane, 2009) o *Para comerte mejor* (Rivero, 2020).

Para cerrar esta primera sección, en “Huir la madre: maternidades desplazadas en Valeria Luiselli, Brenda Navarro, Gabriela Wiener y Daniela Alcívar”

Constanza Ternicier convoca a diversas narradoras cuyas novelas representan un desplazamiento y desterritorialización de lo materno hacia una multiplicidad de significaciones mediante las experiencias de huida y los actos de vaciar. Es en la unión de estos campos semánticos, “dar vida y migrar” (102), cuando las subjetividades “tránsfugas” (121) se alejan de los mandatos hegemónicos de la gran malla sociocultural que es la maternidad. Vaciado de estos dictámenes, lo materno puede desplazarse, cruzarse y llenarse de otras alternativas con suficiente potencial desestabilizador para devenir en nuevos sentidos políticos y nuevas redes de afecto.

A lo largo del segundo bloque “Infancia y escuela; normalización y desacato”, Punte y Amaro ponen la mirada sobre aquellos cuerpos menores y subalternos que en la infancia son igualmente sometidos a procesos de disciplinamiento y violencia. Indagando en el poder de la figura de la niña y su capacidad para huir de la pasividad y fragilidad, en “Las niñas en la literatura argentina contemporánea: recorridos por las intrincadas espesuras de la escritura” asistimos a la representación de la precariedad de las infancias donde las subjetividades infantiles se encuentran en un constante tránsito. María José Punte recorre numerosos textos para plantear un escape de la mirada vigilante y autoritaria del mundo adulto a través de las estrategias de la exploración y la apropiación de una escritura que saca al cuerpo de su encierro; todo ello “sin seguir un manual de buenas costumbres” (150). A este cuestionamiento se le suma la reivindicación de una transformación del aparato ideológico escolar que analiza Lorena Amaro Castro a partir de textos de escritoras chilenas como Carolina Melys, Lina Meruane, Arelis Uribe, Daniela Catrileo, Constanza Gutiérrez y Nona Fernández en “Que vivan las estudiantes. Castigo y emancipación de los cuerpos escolares femeninos en la narrativa chilena reciente”. A partir de las movilizaciones estudiantiles en Chile, Amaro examina la escuela como un lugar de resistencias, donde los sujetos escolares pueden aunar suficiente potencia política para renovar las instituciones educativas.

Las líneas temáticas del tercer bloque, “Corporalidades tentaculares”, se formulan dentro de la actual tendencia literaria hacia la representación del umbral entre lo humano y lo animal, una expresión que puede edificar otro modelo de parentesco con nuevas miras a la alteridad. Adriana Churampi y Nanne Timmer abordan en “Entre gallos, perros, hurones y mosquitos: *zoonarrativas* y supervivencia según Arelis Uribe, María Fernanda Ampuero y Martha Luisa Hernández Cadenas” las *zoonarrativas*, es decir, aquellos textos que emplean la figura animal no solo como personajes, sino como metáforas para explorar problemáticas sociales y el cuestionamiento de lo humano en contextos violentos y precarios. Así, obras como *Quiltras* (2016, Uribe), “Subasta” (2018, Ampuero), y *La puta y el hurón* (2020, Hernández Cadenas) son ejemplos de aquellas conexiones entre lo femenino y lo animal a modo de paso hacia la trasgresión de los límites de la escritura tradicional, generando formas insólitas de resistencia y redistribución de los órdenes sociopolíticos (184). Por su parte, Anna Boccuti se ocupa de las novelas de Fernanda García Lao, *Nación vacuna* (2020), y de Agustina Bazterrica, *Cadáver exquisito* (2017), que denomina “narraciones insólitas” (209) pues

ambas autoras proponen una apropiación de la monstruosidad, que desafía lo existente, para subvertir las dicotomías que construyen la alteridad. Con ciertos paralelismos con *El matadero* (1838) de Echevarría, estas novelas presentan un devenir caníbal en escenarios monstruosos como resultado de los usos más extremos y oscuros de un capitalismo que devora, deshumaniza y explota los cuerpos de las mujeres.

En cuanto al cuarto bloque, titulado "Cuerpos execrados y desobedientes", este reúne dos artículos situados en el marco de aquellas expresiones de género que se vuelven ininteligibles, que confunden y confrontan un orden corporal normativo. A partir del concepto del *cuerpo traidor*, Orfa Kelita Vanegas en "Escritura del cuerpo traidor en la narrativa de autoras colombianas contemporáneas" centra su análisis en textos de las colombianas Pilar Quintana, Marcela Villegas y Margarita García Robayo, que presentan la maternidad, las cicatrices o el alzhéimer como otras expresiones rebeldes y reinventadas del *ser mujer*. El *cuerpo traidor*, surgido de un deseo o identidad negados, propone, mediante una escritura del desdoblamiento, un pensar otro cuerpo femenino próximo al dolor y a la enfermedad, alejado de "la verdad oculta tras imaginarios que normalizan el *deber ser mujer*" (240). Por su parte, Diego Falconí analiza en "Las escrituras travestis/trans latinoamericanas. Breve esbozo de una des-locación" las subjetividades y enunciamientos travestis como alternativas que subrayan el discurso de la disidencia sexual. En el análisis de *Escenas catalanas. Errancias antropológico-sexuales* (Diamanda, 2020) o *Las biuty Queens* (Ojeda, 2019), se plantea la *loca solidaridad* como una forma de articulación entre identidades disidentes (maricas, travestis, machorras) en el contexto de un sistema cultural cisheteropatriarcal asfixiante.

Los trabajos que componen el siguiente bloque "Contra la violencia: escrituras, testimonios y denuncias" se adentran en el corazón de la violencia patriarcal para explorar formas literarias que aborden el feminicidio y el abuso sexual, además de novedosas estrategias y poéticas que elaboren un discurso resistente. En "Una poética de los sentidos. Sensocorpografías contra la violencia sexual y el feminicidio en tres narradoras conosureñas del siglo XXI", Marta Pascua propone una *poética de los sentidos* a la hora de analizar las violencias sufridas por los cuerpos de "Miopía" (Jeftanovic, 2011), *Por qué volvías cada verano* (López Peyró, 2018), y *Cometierra* (Reyes, 2019). Esto supone una mirada que desplaza y desestabiliza las formas dominantes de visión para construir "una nueva sensibilidad insurrecta frente a los códigos culturalmente consensuados" (305) y así desviar la narrativa y resistir al orden violento. Seguidamente, Eva Van Hoey en "Las voces de las víctimas del feminicidio en las crónicas *Chicas muertas* (2014), de Selva Almada, y *El invencible verano de Liliana* (2021), de Cristina Rivera Garza" da cuenta del poder de la crónica como una práctica escritural que cuestiona el testimonio hegemónico acerca del feminicidio, ya que se trata de un contradiscurso que humaniza a las víctimas, restituyendo sus voces en el relato.

Por último, el bloque "Escrituras y autorías" incorpora diversas reflexiones sobre teoría literaria, en concreto sobre conceptos como autoría o escritora, que merecen ser pensados también desde formulaciones feministas. Por un

lado, Nattie Golubov y Yetzi Cortés investigan en "Precariedades del feminismo literario: las autoras de *Tsunami* y *Tsunami 2*. Redes sociales y prácticas escriturales" el concepto de *autorías* tomando como ejemplo un grupo de escritoras mexicanas. Ante el imperativo disciplinario y los contextos de precariedad, aparecen nuevas formas de tomar presencia en el campo literario que requieren de la autogestión y autorrepresentación mediática y digital. Así, ambas autoras plantean pensar los modos en que este escenario literario feminista da cuenta de la necesidad de un cambio en las condiciones de vida actuales. Por otro lado, Laura Scarabelli parte del Golpe de Estado de 1973 en Chile para definir en su artículo "Imagino, luego existo. *Narr-acciones* chilenas de cara al pasado" la categoría de *narr-acciones* como una "praxis escritural" (389) que explora las resonancias de un ayer colectivo. Scarabelli se sirve de las novelas *Sangre en el ojo* (Meruane, 2012) y *Av. 10 de Julio Huamachuco* (Fernández, 2007) para recuperar los restos de la memoria que iluminan esas zonas de indecibilidad en el discurso. Su propuesta es la de la construcción de "una subversión de la narración oficial, instalada a partir de la dictadura" (401).

En conclusión, lo novedoso de este estudio sobre las narrativas latinoamericanas escritas por mujeres radica en su enfoque crítico a la hora de plantear un espacio de encuentro entre voces muy diversas, que reflexionan una y otra vez sobre las posibilidades escriturales de comprensión y rebeldía de los cuerpos. Desde lo colectivo y con estrategias de enunciación muy particulares, la recurrencia de temas y motivos que presenta esta escena literaria pone en valor los nuevos caminos y frentes contruidos gracias al andamiaje ideológico de la teoría feminista y a un contexto actual de marcada variedad. Así, toda esta constelación canaliza múltiples posiciones y produce un flujo incesante de discursos políticos que nos interpelan como sujetas políticas en la sociedad, que nos convierten en cuerpos parlantes y disidentes con suficiente potencial para desbordar el orden violento desde una literatura feminista.

ELENA GIL GONZÁLEZ
Universidad Autónoma de Madrid
elena.gilgon@gmail.com